

En torno a las ideas de Félix Varela sobre la enseñanza del latín

Su artículo «Gramáticas latinas»

Amaury B. Carbón Sierra y Bertha Vallina de Armas
 Universidad de La Habana. Facultad de Letras

En 1831, Félix Varela, quien se había radicado en los Estados Unidos luego de su huida de las Cortes españolas y de ser condenado a la pena de muerte, publicó en la *Revista Bimestre Cubana*, editada en La Habana por la Sociedad Económica, su artículo «Gramáticas latinas»¹, en torno al cual gira el siguiente comentario.

No es posible desvincular la crítica que en él hace Varela a tres gramáticas *ad usum*, de la situación precaria que presentaba la educación en Cuba, tanto en lo que se refiere a la enseñanza pública en general como en la de la lengua latina en particular, a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, período en que nace y recibe su formación académica quien sería años después un ilustre pensador.

Y no podría pensarse que hubiera podido ser de otro modo, dado el propio retraso económico y cultural de la metrópoli en relación con otras naciones europeas, y por otra parte, la indiferencia del gobierno español, sólo interesado en mantener la explotación de las colonias, a lo cual en gran medida había contribuido, y seguía contribuyendo el escolasticismo imperante en el terreno filosófico y pedagógico, contra el que iban a arremeter figuras prominentes de nuestra historia, como José Agustín Caballero (1762-1835) y más tarde Félix Varela (1788-1853), entre otros.

Ya en 1795 Caballero, miembro de la Sociedad Económica —institución colonial surgida al influjo de la política iluminista de Carlos III y sus sucesores, conocida como despotismo ilustrado, que daba participación en el gobierno a la burguesía criolla—, aboga en las sesiones de ésta por una reforma de la enseñanza, debido a que —según él— el sistema actual de enseñanza «embaraza los progresos de las artes y las ciencias, resiste el establecimiento de otras nuevas y por consiguiente en nada favorece las tentativas de nuestra clase (Sección)»². Pero no sólo esto, sino que cuatro años después da a conocer anónimamente a través del *Papel Periódico* la opinión antiescolástica siguiente:

1. *Revista Bimestre Cubana*, t. 1, 1831, mayo-junio: 40-57.
2. HENRÍQUEZ UREÑA, Max. 1967. *Panorama histórico de la literatura cubana*. La Habana: Ed. Revolucionaria, t.1, p. 96.

Murió para siempre, el horrissono escolasticismo en Europa [...] Desaparecieron con él las negras sombras que oscurecían los delicados tendimientos. Entró en su lugar la antorcha de la verdad; el experimento. Repitieron éstos. Concordáronse sus efectos. Formóse la experiencia, y de las sucias mantillas del ergotismo salió sacudiéndose el polvo de los entes quiméricos, luminosa y brillante, la filosofía experimental, la química y todas las demás ciencias naturales³.

Por esos mismos años, otro miembro ilustre de la sección, Tomás Romay (1764-1849), en «Memoria de la clase de ciencias y artes para mejorar la enseñanza de la gramática latina»⁴, atribuye al método con que se enseña o a los maestros que lo ejecutan los defectos que en su dominio y perfeccionamiento presentaban los jóvenes, y propone exámenes de oposición para proveer las cátedras, y que se les concedan los mismos honores y prerrogativas a estos profesores, que a los cate-dráticos de Filosofía y Teología.

Fue sin embargo Félix Varela quien llegó más lejos al ocupar por oposiciones la cátedra de Filosofía en 1811, y en lugar de tímidas reformas, con el apoyo del obispo Espada, se encargó de desterrar de las aulas del Seminario de San Carlos y de las mentes de sus alumnos el viejo escolasticismo medieval, para lo cual como primera medida sustituyó el latín por el castellano en las explicaciones filosóficas, y escribió en su propio idioma, y no en el latino, el último tomo de sus *Lecciones de filosofía* (1812-1814), aunque es bueno aclarar que la enseñanza del latín continuó en la clase de gramática (latina), si bien de forma memorística y desvinculada casi por completo de la práctica.

No debe pensarse por lo que se ha dicho, que un hombre de tan vasta cultura como Varela quien, al decir de José Ignacio Rodríguez, «poseía el latín como lengua propia, hablándolo con elegancia y facilidad al mismo tiempo»⁵, desconociese la importancia de esta lengua y estuviese en contra de su enseñanza, mucho más si se tiene en cuenta que junto con las oposiciones a Filosofía realizó brillantemente la de Mayores de Latinidad y Retórica, aunque ocupó la primera, entonces la más importante. Como José Martí, que medio siglo después consideró más necesario y urgente el estudio de la historia americana que la de los arcontes de Grecia, Félix Varela se opuso a lo que representaba el latín como expresión del escolasticismo de base feudal impuesto por la metrópoli y, de igual modo, al absurdo de que se estudiara el latín como lengua viva con preferencia sobre la española en la repetición de fórmulas silogísticas y ejercicios retóricos.

Por eso, en la «Lección preliminar del curso 1818-1819», identifica el latín con el escolasticismo:

Hay un idioma grecolatino-bárbaro-arbitrario, que llamamos «escolástico», y unas fórmulas [silogismos] y ceremonias que dicen se deben enseñar en las clases de Filosofía.

3. CABALLERO, José Agustín. 1984. *Escritos varios*, t. I. Citado por Renate Simpson en *La Educación Superior en Cuba bajo el colonialismo español*. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, p. 72.
4. ROMAY, Tomás. «Memoria de la clase de ciencias y artes para mejorar la enseñanza de la gramática latina». Actas manuscritas de la Sociedad Económica. *Obras escogidas*, lib. I, fol. 221, 2: 20-21.
5. RODRÍGUEZ, José Ignacio. 1944. *Vida del Presbítero Félix Varela*. La Habana, vol. II, p. 5.

Yo no enseñaré nada de esto porque no soy maestro de idioma, ni de formulajes que va facilitando a los principiantes el estudio de la naturaleza, la cual no es de ningún idioma, ni admite reglamentos⁶.

También en «Sobre el escolasticismo» cuenta que:

[...] cuando se dice que un joven va a versarse en latinidad con la escolástica, yo digo que ese pobrecito va a perder lo poco que le enseñó su maestro, a conseguir un idioma bárbaro, y no el de Roma, que ya no lo entiende, y mucho menos es capaz de hablarle⁷.

Asimismo, se ve obligado a combatir la posición logicista de los escolásticos en la consideración de la lengua, según la cual el latín concordaba exactamente con la lógica y por tanto era «el mejor» desde ese punto de vista. Varela utilizó el mismo método para explicar que, por el contrario, era este idioma «el más defectuoso en el modo de presentar los pensamientos», si bien tanto él como el griego, «tienen gran perfección en sus composiciones» y «en pocas sílabas expresan un pensamiento que en otro idioma exigiría tres o cuatro palabras». De este modo, también por la vía del examen del lenguaje, destruye la afirmación escolástica de que las lenguas «modernas», y específicamente las romances, eran degeneraciones de lenguas lógicamente perfectas (el griego y el latín), por lo cual la misión de la gramática era normar los idiomas adulterados hasta conseguir por lo menos una identificación estructural de los patrones ideales⁸.

Una prueba de lo que se ha dicho sobre la justa comprensión vareliana de los clásicos y de la enseñanza del latín, la constituye por sí misma la publicación del artículo «Gramáticas latinas», en el que se analizan los aciertos y desaciertos de los textos de Nebrija, Araújo y Adams. Notables son las palabras del final, donde se congratula de ver avances en los métodos de enseñanza del latín:

La naturaleza de este periódico nos obliga a despedirnos de estas tres obras. Lo hacemos con hartó sentimiento, pues cada una de ellas merece una revista por separado. Sin embargo, como todo lo humano puede acercarse siempre más a la perfección, nos congratularemos siempre que veamos progresos en la simplificación del arte de enseñar, y mayormente en facilitar la adquisición del idioma latino, tan majestuoso, tan rico, tan ameno y tan útil para conocer a fondo el idioma castellano⁹.

Agréguese a lo anterior el testimonio de José de la Luz y Caballero (1800-1862) sobre este asunto, publicado en la *Gaceta de Puerto Príncipe*, en el que afirma que el latín era una lengua:

6. *Ibidem*, p. 67.

7. VARELA, Félix. 1944. «Sobre el escolasticismo». *Miscelánea filosófica*. Universidad de la Habana, p. 218.

8. ÁLVAREZ ÁLVAREZ, Luis. 1988. «Las ideas lingüísticas de Félix Varela» (manuscrito). Universidad de La Habana.

9. *Revista Bimestre Cubana*, t. 1, 1831, mayo-junio: 40-57.

[...] idolatrada y poseída por Varela en un grado de que todavía no pueden formar idea los que sólo juzguen por sus escritos en aquel idioma divino, a pesar de la elegancia y aticismo que los distingue, pues para guardar su fuerza era necesario haber experimentado en el dulce comercio con aquel dulcísimo sacerdote, la soltura y facilidad con que manejaba en la conversación familiar la lengua de Marco Tulio y Terencio¹⁰.

Indudablemente, hay en las afirmaciones anteriores una apreciación del latín muy distinta de aquellas en que se identificaba a esa lengua con el escolasticismo. Esta actitud diferente tiene sin duda puntos de contacto directos o indirectos con la dirección de los estudios clásicos iniciada en el siglo XVIII en Alemania, la cual «no rinde ya tributo, por mera erudición, a la forma estética y a la correcta expresión del latín, sino que busca la armonía entre el interior y exterior de los hombres y se esfuerza por enlazar la espiritualidad de los antiguos con la belleza antigua. Esta corriente intelectual, conocida en la historia de la filología como neohumanismo, en oposición al humanismo literario anterior, se desarrolla paralelamente al romanticismo con el que está relacionado de cierto modo en la búsqueda de la individualidad, que es a su vez la expresión del sentimiento nacional. Es por ello que reconoce la importancia de la instrucción en la lengua materna y valora ampliamente la literatura nacional; mantiene aún el latín como lengua escrita, pero coloca en primer término la lectura de las obras clásicas como elemento de formación estética, moral o intelectual, al tiempo que defiende y preconiza el estudio del griego»¹¹.

Esta nueva visión del mundo clásico, a la que difícilmente Félix Varela, hombre conocedor de las corrientes culturales y filosóficas modernas, podía haber sido ajeno, gana en amplitud y profundidad según avanza el siglo XIX, y se hace más evidente en lo que se refiere a los métodos de enseñanza de las lenguas clásicas y en los textos que con este fin se comienza a publicar desde principios de siglo y a los que alude Varela en su artículo.

Ya José de la Luz y Caballero en 1831, pocos meses después de la aparición del artículo de Varela, había dado a conocer, también en la *Revista Bimestre Cubana* su «Revista de exámenes generales de las escuelas y colegios de esta ciudad», en la que expresa su indecible gozo al ver revivida «la no ya muerta sino hasta sepultada lengua del Lacio», en la cual «deberíamos beber perennemente como un manantial inagotable, para fertilizar y enriquecer el nuestro propio, que es uno de sus hijos más legítimos».

Según Luz, el detestable método que se seguía en la enseñanza del latín fue, sin duda, uno de los obstáculos que más contribuyeron a desalentar a la juventud en sus primeros esfuerzos.

En esta parte —escribió— también hemos mejorado infinito; y así ya no es extraño a virtud de un sistema sencillo y natural como el adoptado en las lenguas vivas, ver niños, cual los hemos visto, que en muy pocos meses son capaces no sólo de traducir las fábulas

10. RODRÍGUEZ, José Ignacio. 1944. *Vida del Presbítero Félix Varela*. La Habana, vol. II, p. 5.

11. MIRANDA, María Elina; CARBÓN, Amaury. 1985. «La educación clásica de un joven habanero en la segunda mitad del siglo XIX». *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (La Habana): 83-84.

de Fedro y las Vidas de Cornelio Nepote, sino también de hacer el régimen gramatical del modo más completo y satisfactorio. No hablemos de las clases superiores de latinidad: se han presentado alumnos en algunas de nuestras academias que harían honor al primer establecimiento del mundo en este género¹².

Estos juicios de Luz y Caballero coinciden con los criterios expresados en octubre de 1838 por Domingo del Monte en *El Plantel*. El informado hombre del Centón epistolario reconoce cómo el idioma latino se fue perdiendo cuando por las mejoras filosóficas que experimentaron los estudios mayores del Colegio Seminario de San Carlos «se desterró, con razón, el uso de aquella lengua en las explicaciones verbales de las clases de Filosofía y Jurisprudencia». Más adelante, Del Monte aclara que en el mismo colegio, en la universidad, y en muy rara escuela primaria, se conservaban algunas clases de latinidad, pero mal dirigidas, y en las que no se seguía otro texto que el Arte llamado de Nebrija, escrito en el mismo idioma que pretendía enseñar. Posteriormente se volvió a exigir el latín en los ejercicios y grados de la universidad, y renació la necesidad de aprenderlo. Al final del trabajo Del Monte reconoce que:

{...} como algo se ha adelantado en cuanto a métodos de enseñanza en nuestra época, por precisión se mejoró el de esta lengua y por consiguiente ha sido en nuestros días mayor y más rápido el aprovechamiento de los alumnos. Por supuesto que el *Arte de Nebrija* sólo se usa hoy en alguna oscura y rezagada escuela, siguiéndose en las demás las gramáticas de Iriarte, Araújo, Carrillo, y otras escritas en castellano y adoptándose en las mejores el mismo método con que se aprenden las lenguas vivas; es decir, ejercitándose desde que poseen algunas nociones de analogía y conjugación, en traducir y componer gradualmente, con lo cual se consigue que en breve tiempo entiendan algo y que se estimulen para estudiarlo con empeño y poder dentro de dos años leer sin tropiezo los más bellos trozos de Tácito y Salustio¹³.

Inserto en este panorama de los estudios clásicos en la primera mitad del siglo XIX, se halla el artículo de Félix Varela «Gramáticas latinas». Varela prosigue en él la labor patriótica iniciada en la cátedra, y que se continúa en toda su actuación. Él mismo había dicho que «los verdaderos patriotas desean contribuir con sus luces y todos sus recursos al bien de su patria...»¹⁴, y en la carta de febrero de 1832 en que remite a la *Revista Bimestre Cubana* su artículo sobre la *Gramática castellana* de Salvá, afirma: «Bien quisiera yo ser útil», para más adelante dar las gracias a la revista porque le proporciona la ocasión muy honorífica de «consagrar a mi patria los frutos de algunos momentos que en su obsequio robaré al descanso»¹⁵. Está consciente Varela de que la lucha contra la filosofía medieval escolás-

12. *Revista Bimestre Cubana*, núm. 4 (1831): 7-8.

13. MONTE, Domingo del. 1838. «La educación primaria en la Isla de Cuba». *El Plantel*, octubre de 1838.

14. VARELA, Félix. 1935. «Patriotismo». *Cuadernos de Cultura*. La Habana: Ediciones de la Secretaría de Educación, núm. 2, p. 44.

15. RODRÍGUEZ, José Ignacio. 1944. *Vida del Presbítero Félix Varela*. La Habana, vol. II, p. 182.

tica se libra también en el enfrentamiento a los métodos de estudio consistentes en la memorización mecánica, contraria al progreso de la ciencia, en que se basaba, y que el presbítero denominó práctica irracional.

Conocedor de la importancia del latín como vehículo de cultura y como fuente del idioma castellano, expone Varela en la reseña crítica de las tres gramáticas latinas seleccionadas, entonces de mucho uso en las escuelas, sus propios criterios sobre el mejor método para la enseñanza de la lengua del Lacio, y los adelantos que en ese sentido se habían alcanzado en otras partes del mundo.

No es objetivo de nuestro trabajo un análisis minucioso de la reseña vareliana; resultan sin embargo imprescindibles algunos de sus juicios, como el siguiente en que Félix Varela expresa su rechazo a las reglas memorizadas y a la enseñanza por preceptos generales aislados:

Preceden y han de preceder siempre los ejemplos a los preceptos, y después ambos se ayudan mutuamente en adelantar el arte o ciencia que se forma. Pero los preceptos por sí no enseñan; manifiestan, hacen ver, demuestran [...].

En consecuencia aboga el filósofo cubano por que se junten «desde un principio la teórica [*sic*] con la práctica, los preceptos con su ejecución», convencido de que ninguna gramática por sí sola basta para aprender una lengua. Comprende que la práctica de un idioma vivo es traducirlo, hablarlo y escribirlo, y la de uno muerto, sólo traducirlo. Considera por ello Varela que en la enseñanza del latín y del griego la gramática y la traducción deben andar juntas. Por esta razón, aunque reconoce los defectos de cada una de las obras que ha sometido a examen —y en el caso de la de Nebrija, entre otros, el que esté escrita en latín— está persuadido de que con cualquiera de ellas se puede aprender, si se sigue el método teórico-práctico. Obsérvense seguidamente los argumentos con que Félix Varela defiende la gramática de Nebrija, «digna de aprecio» y, considerada como es «origen de todas las demás gramáticas latino-españolas», merecedora de que se le tributen a su autor los mayores elogios. En ellos están también explícitos los métodos anticuados criticados igualmente —como se recordará— en los trabajos de Luz y Del Monte que se han citado.

Nunca imaginó [Nebrija] —dice Varela— que pudiese haber quien hiciese meter aisladamente en la cabeza de un niño sin práctica, sin traducción, sin explicación alguna, durante el espacio de uno, dos, tres, y aun cuatro años, la parte latina de su gramática, que para un niño que sólo conoce su idioma, es un fárrago sin sentido. Digno es de compasión y lástima, que, después de un trabajo tan horroroso, tan ímprobo y tan superfluo, al principiar a traducir el alumno se le han de volver a enseñar de viva voz en su idioma materno, con nuevo trabajo, nueva paciencia, nuevos golpes, o nuevas penitencias todas las reglas aprendidas. En este estado dicen los sesudos o ignorantes dómynes que no ha sido tiempo perdido, supuesto que sirvió para recoger preceptos que nunca se olvidarán por la dificultad con que se aprendieron. ¡Fatuos, ignoran acaso que cuanto más siente y claramente ve el alma una idea, con tanta mayor facilidad la atesora la memoria [...].

En esto insiste más adelante cuando recuerda que los discípulos de los estultos dómynes debían «decorar» (recitar) toda la parte latina de la gramática antes

de practicar sus reglas, y afirma que de la mutua dependencia entre la gramática y la traducción, que «nunca celebraremos con suficiente ponderación y esclarecimiento», depende que se obtengan buenos resultados académicos.

Coordínense en orden progresivo —dice— una colección de hojas de autores clásicos, y márchense con referencias al fin de cada página las palabras, que por su dificultad o particularidad hubiera de conocer el alumno a fondo, ejercitarse en ellas o en sus variaciones. Indiquen las referencias al pie de las páginas, el lugar de un texto gramatical, ora sea el de Mata, ora el de Nebrija [...].

Por todo lo dicho, se comprueba, aun sin entrar en la consideración de los temas de las tres gramáticas en que se basó su crítica, la importancia que tiene este artículo de Félix Varela desde el punto de vista didáctico, metodológico y científico, así como la vigencia, incluso en nuestros días, de sus criterios básicos sobre la enseñanza de las letras clásicas; criterios que mucho deben a las corrientes de pensamiento más avanzadas que recibió de Europa, pero que él fue el primero que supo adecuarlos a sus circunstancias, e impulsarlos con su tenacidad y su prestigio.